

Bajo el signo de la crisis o don Quijote con su tiempo: el *Quijote Z* de Házael G.

SANTIAGO LÓPEZ NAVIA

Universidad Internacional SEK - Santiago de Chile
/ Universidad Internacional de la Rioja

A pesar de que el *Quijote* cervantino nace con la intención de parodiar el código literario de los libros de caballerías, en el ámbito de sus recreaciones narrativas por parte de la literatura hispánica no es muy frecuente la crítica a un determinado sistema literario, o no tan frecuente, desde luego, como son los tratamientos dedicados a las actitudes estridentes de sus protagonistas en determinadas circunstancias históricas o a una determinada postura ideológica, entre otras posibilidades más comúnmente abordadas por quienes han versionado la obra original. Debe hacerse notar, sin embargo, lo significativo que resulta el hecho de que haya un grupo de imitaciones precisamente publicadas en el siglo XVIII y las primeras décadas del XIX que se orientan hacia la crítica de determinados sistemas expresivos.¹ Es el caso de la parodia de la oratoria sacra trasnochada de las postrimerías del barroco, representada por el *Fray Gerundio de Campazas* del padre Isla, y en proporción más abundante, del ataque a la filosofía de la Ilustración que asumen las obras encabezadas por el *Papís de Bobadilla* de Rafael Crespo, de las que ya nos hemos ocupado en el anterior congreso de la Asociación de Cervantistas (López Navia 2011).

Este es precisamente el caso del *Quijote Z*, doblemente significativo por parodiar un género narrativo particularmente exitoso en los últimos años y por hacerlo, a guisa de guiño doméstico amable y complaciente, en el seno de la misma editorial, Dolmen, que en poco más de un año desde la implantación de su «línea Z» en 2009 ha publicado catorce títulos dedicados a los zombis, cantidad que permite deducir un éxito corroborado por obras de referencia

¹ A la hora de emplear la categoría «imitaciones» sigo la clasificación de las recreaciones narrativas del *Quijote* que definí en su momento (López Navia 1996:154-158).

publicadas por otras editoriales, como la trilogía de Manel Loureiro (2008-2011) y por títulos tan recientes y significativos como la reciente *Una, grande y zombi* (2011) en la que Hernán Migoya plantea la hipótesis de que esta España imposible que tan caras vende sus concesiones a la unanimidad salve sus diferencias de criterio y se una en torno a la resistencia contra el peligro zombi. La productividad y vigencia de esta veta temática se hace muy palpable desde el momento en que el género se nutre de títulos como *Orgullo, prejuicio y zombis* de Seth Grahame-Smith (2009), el *Lazarillo Z* (2010), de Lázaro González Pérez de Tormes —áster ego de nuestro Házael G.— o *R. y Julie* de Isaac Marion, *Romeo y Julieta* en versión Z, publicada en España en 2011.²

Lo significativo del hecho tiene que ver también con la nada casual profusión de las diversas manifestaciones del fenómeno y su íntima relación con un tiempo marcado por la crisis. Lo variado del fenómeno es evidente si consideramos la presencia del tema en el cine (en el cine español, por ejemplo, con las exitosas películas *REC* de Jaume Balagueró y Paco Plaza, cuya primera entrega se estrenó en 2007, *28 semanas después* de Juan Carlos Fresnadillo, estrenada el mismo año)³ o en la televisión, a juzgar por los enormes índices de audiencia experimentados por la serie *The Walking Dead*, basada en los cómics de Robert Kirkman y confiada a la dirección de Frank Darabont, de reciente estreno en la pequeña pantalla. No menos significativo resulta que haya prosperado tanto una aplicación para teléfonos móviles sugestivamente denominada *Zombies. Run!* Creada por Alex Macmillan y Naomi Alderman, que le da un motivo singular para correr a quien quiera practicar este deporte haciéndole creer que es la persona destinada a salvar a la Humanidad de un masivo ataque de zombis, y esto por no hablar ahora de otros fenómenos que evidencian la impregnación del fenómeno en los ámbitos más sorprendentes de la vida cotidiana.⁴

Por lo que respecta a la estrecha relación de la zombimanía con la crisis actual, no por más cacareada menos grave y evidente, Guillermo Abril (2012:56) ha hecho notar que el tratamiento del tema pone de relieve los conflictos de una sociedad amenazada hasta el desconsuelo de asumir un final en el que la humanidad se devora a sí misma. A propósito del reciente estreno de la sorprendente película cubana de zombis *Juan de los muertos*, Jesús Palacios entiende que las aventuras que se desarrollan en esta parodia son toda una alegoría de la masificación, la explotación del subproletariado, las masas tercermundistas, la marginación y la enfermedad contagiosa (Palacios 2012:46).

² No hay duda en reconocer que el precursor del género es H. P. Lovecraft con su cuento *Herbert West. Reanimador*, publicado por primera vez en 1922 en seis entregas en la revista *Home Brew*. Recomendamos la reciente edición del cuento en los dos volúmenes de la *Narrativa completa* de H. P. Lovecraft editados por Juan Antonio Molina Foix en 2005 (vol. I) y 2007 (vol. II). El cuento que nos interesa está recogido en las pp. 319-356 del primer volumen.

³ Es igualmente evidente que la filmografía moderna de zombis debe las claves de su código temático y estético a la mítica película de Georges A. Romero *La noche de los muertos vivientes*, estrenada en 1968. La fecundidad del tema en el cine actual es imparable. A tiempo de escribir estas líneas me consta que el realizador Isaac Berrocal, acreditado especialista en cortometrajes del género *gore*, sigue trabajando en el rodaje de *Killrats*, en el que la veterana y versátil Carina Björne da vida a una implacable exterminadora de zombis.

⁴ El concepto inspira las reflexiones filosóficas de Jorge Fernández Gonzalo en su *Filosofía zombie* (2011) e impregna las recomendaciones de Francisco González, presidente de BBVA, cuando insta en una entrevista publicada en el suplemento *Empresa* del diario *ABC* el 16 de octubre de 2011 (pp. 4-6) a «deshacerse de las entidades 'zombies' y que sean adquiridas por otras más fuertes, nacionales o internacionales» (p. 5). El ocio se «zombifica» con alternativas como el *Zombie Bar*, que ofrece sus servicios en el número 7 de la madrileña calle del Pez, y llega hasta los juegos de ordenador con *Zombotrón*, en el que el jugador se dedica a exterminar muertos vivientes a tiros, y también hasta la música pop-rock de la mano del misterioso grupo musical *Zombitron*, que interpreta temas tan poco alentadores como «Rise From Your Grave» en su álbum *Cubicle* (2011).

Según Rocío Ayuso, para Lee Roberts, director de la revista *BHM*, los zombis «representan ese deseo de encontrar un culpable a los excesos de la sociedad consumista» (Ayuso 2011) y Rodrigo Fresán observa que, desde sus orígenes afrocaribeños, el zombi tiene una raíz tercermundista, además de que es pura especie sin singularidad alguna (Fresán 2011:5) y por esta misma razón Manuel Vilas entiende que «los zombis son el proletariado del Más Allá, son la masa barata» (Vilas 2011:7) a diferencia, por ejemplo, de los aristocráticos vampiros. La consecuencia tampoco casual de todo esto, como observa Paco Plaza, uno de los artífices de la serie de películas *REC*, es que «el ser humano se está zombificando» (Abril 2011:56).

Los editores de la obra que estudiamos plantean dos hipótesis lúdicamente desquiciadas: la primera, la doble posibilidad de que, por una parte, Cervantes escribiera originalmente «una obra sobre un cazador de muertos andantes» (*Quijote Z*, p. 8) que luego modificó para escribir el *Quijote* tal como lo conocemos, y por otra, de que el escritor Házael G. González —el antepasado de Házael G., que entrega el texto a los editores y firma el *Quijote Z*— usase la primera versión para reescribir la novela que ahora leemos bajo el título de *El ingenioso hidalgo zombi don Quijote de la Mancha*; la segunda, la posibilidad de que Cervantes pudiera haber combatido contra zombis en Lepanto o conocerlos personalmente durante su cautiverio en Argel. Las recreaciones siempre con sus riesgos, en buena hora.

A esta segunda hipótesis sirve la novela corta (o cuento largo) *Luna de sangre en Lepanto*, escrita por un tal Gualberto G. Álvarez, posiblemente apócrifo, «catedrático de la asturiana Universidad de Ceredo, y especialista en zombis y demás especies de no-muertos que ha habido a lo largo de la historia», tal como consta en la misma página de la que hemos extraído nuestra primera cita. Se trata de una obra que se adscribe al primer grupo de las recreaciones narrativas de la vida de Cervantes de acuerdo con la clasificación que propuse en su momento (López Navia 2008:570-572), integrado por aquellas obras en las que el protagonismo del escritor es evidente. A bordo de la Marquesa, el médico judío Isaac, amigo del soldado Miguel de Cervantes (a quien aquel, por cierto, insinúa que es judío como él), intenta persuadirle de que los muertos vivientes son reales y de que sus relatos tienen un fundamento. Según la historia que a Isaac le refirió su maestro, y a este a su vez el suyo, los esclavos africanos llevados al Nuevo Mundo por los portugueses desde la llamada Ilha do Corisco adoraban a la serpiente Nzambi, en cuya terrible y sinuosa presencia

y en medio de cuyos silbidos vio el maestro del maestro de Isaac cómo fue reanimado un negrero muerto después de que un brujo derramase sobre su cuerpo una gran cantidad de un líquido repugnante que hervía en el interior de una gran olla. Sabemos también por la narración de la que Isaac se hace eco que la tierra próxima a la llamada Misión do Santo Senhor, en la que al parecer llevó a cabo su tarea el mismísimo padre Bartolomé de las Casas, se transforma en un territorio poblado por los muertos vivientes.

Mientras duerme, Miguel es mordido en el antebrazo izquierdo por el náufrago Diego de Mendoza, a quien han tendido a su lado y que parece debatirse entre la vida y la muerte. El caso es que, sugestionado por las historias de Isaac, Cervantes está plenamente convencido de haber sido mordido por un zombi y de verse irremediabilmente abocado a convertirse en uno de ellos. En medio de la desesperación que sufre en ese trance, combate en la batalla de Lepanto con un enorme furor y plenamente convencido de que los sarracenos son también muertos vivientes, y herido por dos balazos en el pecho —que no en el brazo— a bordo de un esquife, se sobrepone y sigue peleando temeraria y ferozmente. Ante todos estos hechos debemos asumir que Cervantes pierde el brazo izquierdo a causa de la infección causada por el mordisco del no-muerto Diego de Mendoza. Lo curioso, y nada casual desde luego, es que despierta de su convalecencia animado por un enorme impulso de escribir.

El ingenioso hidalgo zombi don Quijote de la Mancha de Házael G. González consiste en un recorrido sintético, reducido a veintisiete capítulos además de los paratextos, por las mismas aventuras del *Quijote* cervantino de 1605, pero despojado de las historias intercaladas —excepción hecha de la del capitán cautivo, tratada a su manera— y de algunos personajes como quienes protagonizan esas historias y Marcela y Grisóstomo, entre otros. Conviene decir cuanto antes que esta recreación no se adscribe a ninguno de los grandes tipos de la clasificación que propusimos en su día por una absoluta singularidad: pretende ser una historia reescrita por un segundo autor, Házael G. González, a partir de una primera versión luego desestimada por Cervantes. En este sentido, el *Quijote Z* es una obra única en el ámbito de las recreaciones quijotescas y no se ajusta a lo propio de las continuaciones ni de las ampliaciones, sino que abre un subgrupo propio cuya denominación preferimos dejar prudentemente en suspenso y que se adscribe a la categoría de lo que, de forma amplia, denominamos en su día, sin más, «otras situaciones» (López Navia 1996:157-158).

La narración se basa ya en la paráfrasis del texto cervantino original, ya —las más de las veces— en la transcripción literal de la novela de Cervantes, ya en la escritura original consistente casi siempre en leves modificaciones de la literalidad y en menos ocasiones, aunque ciertamente significativas, como la del final, en fragmentos totalmente originales con alguna que otra licencia de la que más adelante haremos mención. Persisten elementos nucleares en la estructura narrativa tan relevantes como el antes y el después que suponen la interrupción y la reanudación de la historia tras el combate con el vizcaíno. Otros se simplifican notablemente, como el discurso de las armas y las letras que se insertan en una situación en la que, por cierto, no se cena con tanta frecuencia como en el original cervantino. Debe considerarse que el respeto masivo de la literalidad del *Quijote* de 1605 está en una zona intermedia entre las luces y las sombras, siendo las primeras las que permiten entender la coherencia de la escritura del texto con la estrategia de su origen cervantino, como ahora veremos, y siendo las segundas las que restan originalidad a la recreación, muy a diferencia de las obras del género.

Por lo que respecta a los paratextos iniciales, basados también en meras variaciones en las que por razones obvias prima el registro Z, el autor le explica a su amigo en el prólogo que tuvo que rehacer el texto de Cervantes «donde se cuenta la verídica historia del hidalgo, que no quería ser caballero andante sino matador de muertos andantes» (*Quijote Z*, p. 77). En el primero de los poemas preliminares, rigurosamente original con respecto al texto cervantino y titulado «Al autor del zombificado libro de don Quijote de la Mancha, de un autor desconocido», se citan expresamente otras obras del género Z como el *Lazarillo Z* y *Orgullo y prejuicio y zombies*:

No bastaba con que hubiese Lazari-
ni tampoco ni orgullos ni prejui-
que va este, y sin nada de jui-
se pone a escribir con la punta del freni-

Cumple decir, con toda justicia, que la poesía no es el punto fuerte del autor, como volverá a comprobarse en el final del libro, en el que los versos de los académicos sufren pequeñas modificaciones previsibles que apenas afectan a la literalidad del texto y que en todo caso influyen en el ritmo tornándolo irregular.

El caso es que Alonso Quijano enloquece a causa de la lectura compulsiva de libros de zombis:

Se llenó de la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de muertos redivivos como de fétidas apariciones y así de encantamientos del Diablo como de pendencias contra difuntos que volvían a la vida, batallas contra legiones de no-muertos, desafíos entre zombis y cazadores de ellos, heridas supurantes, requiebros arrancados, amores de sobrevivientes, tormentas desconcertantes y disparates imposibles (*Quijote Z*, p. 82).

Como consecuencia de lo anterior, acomoda su expresión al código expresivo del corpus por cuya lectura pierde el seso, lo cual nos permite leer una estridente variación de las palabras de Feliciano de Silva que el protagonista recita en el primer capítulo de la obra original. El fragmento, recogido en la misma página que el anterior, no tiene desperdicio: «La razón de la muerte y sinrazón que a mi razón zombificada se hace, de tal manera mi razón de zombi enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra hermosura de muerta viviente».

Así pues, don Quijote decide convertirse en «perseguidor de muertos andantes y aventurero matador de quienes aún no han muerto del todo» (*Quijote Z*, p. 119). Debe observarse, y el matiz es muy importante, que el personaje sufre una zombificación literaria, proceso equivalente en el original a la conversión en caballero andante: al igual que le ocurría al don Quijote cervantino en su inmersión literaria en un mundo caballeresco, este don Quijote literariamente zombificado no combate contra muertos vivientes, sino que cree combatir contra ellos en un mundo asolado por el Apocalipsis Zombi, tan en boga en las diferentes manifestaciones literarias del tema y en otras en las que la ficción adquiere la forma de un manual de supervivencia.⁵ Este es el punto en el que puede suscitarse el debate entre las bondades de la historia creada por Házael G. González y sus limitaciones, toda vez que lo divertido y lo rompedor de la nueva ficción, al igual que ocurre en otras versiones que el género propone para clásicos como el *Lazarillo* y *Orgullo y prejuicio*, habría consistido quizá en insertar a don Quijote en medio de un Apocalipsis Zombi en toda regla. No es esta, sin embargo, la intención que anima a Házael G., sino la de parodiar un sistema literario plenamente vigente como es el de la literatura Z, y es este precisamente el aspecto en el que el *Quijote Z* es más fielmente cervantino en su propuesta metaliteraria.

⁵ Es el caso de la *Guía de supervivencia zombi* de Max Brooks (el hijo del mítico director Mel Brooks), publicado en 2003 y con quince ediciones en España entre 2008 y 2011, y el *Manual de combate zombi* de Roger Ma, publicado en Estados Unidos en 2010 y en España en 2011.

Los demás ingredientes de su reinención como cazador de zombis son previsible: una armadura especialmente adecuada para evitar los mordiscos de los no-muertos, la denominación «de la Mancha» porque esta es, razonablemente, la primera tierra que se propone limpiar de la plaga, y la necesidad de una dama, Dulcinea, igualmente acreditada cazadora de zombis, con quien compartir la soledad del héroe tras sobrevivir a la catástrofe de la llamada «infección flodosa», cuya naturaleza y causas expone don Quijote con profusión y detalle:

—Te conviene saber, amigo Sancho, que hace ya muchísimo tiempo que se sabe de muertos que se levantan de sus tumbas, y que ya en el mismo Apocalipsis de San Juan se habla del juicio que Dios tiene reservado a los impíos y a los culpables a los que condenará a las llamas del Infierno sin tener ni gota de piedad para con ellos (...). Es de opinión compartida por doctos y sabios atribuir el desdichado fenómeno a la acción del Maligno, empeñado en azuzar una y otra vez a sus pútridas legiones contra los hombres devotos de Dios, aunque tampoco faltan estudiados galenos que hablan de corrupciones en el aire y mortíferas pestilencias, y hasta de influjos lunares y de otros lejanos planetas que trastornan tanto el juicio como el cuerpo. Ahora bien que, si me preguntas a mí por mi versada y ampliamente referida opinión de tan interesante tema, te diré que soy partidario de creer que es la acción del Diablo y no cualquier otra cosa la causa de estas manifestaciones (*Quijote Z*, pp. 170-171).

Todos los demás elementos del libro original se adaptan invariablemente al código Z. Por poner tan solo algunos ejemplos representativos, los molinos de viento son zombis gigantes; los rebaños de carneros son identificados como dos ejércitos enemigos, uno compuesto por zombis de muy elaborada filiación y otro constituido por heroicos cazadores de muertos vivientes; el ruido que producen los batanes se atribuye a una infernal máquina empleada en fabricar zombis; lo que en el original cervantino es el yelmo de Mambrino es ahora «el yelmo del Maestro y Jefe» (*Quijote Z*, p. 193); los galeotes son cazadores de zombis que han sido injustamente apresados; la penitencia de Sierra Morena responde a la fabulación de que Dulcinea ha caído en las garras de los zombis (una causa bien desconsoladora de «ausencia», por cierto), la explicación del olor desagradable de Dulcinea que Sancho describe en su invención de su encuentro con ella a tiempo de entregarle la

carta no responde sino a que «lo que tú debías de oler era el despojo de algún zombi putrefacto al que ella hubiese dado muerte reciente» (*Quijote Z*, p. 256) y el reino Micomicón es «el último refugio de las lejanas tierras donde los hombres vivos resisten contra los demonios no-muertos» (*Quijote Z*, p. 237). Por supuesto, y por lo que respecta a la redefinición identitaria del caballero andante según el modelo caballeresco, don Quijote se convierte en el «Caballero de la Zombi Figura», y no tiene desperdicio la explicación con la que Sancho justifica, a la luz de sus evidentes necesidades fisiológicas, que su señor no está precisamente encantado:

—¡Ah —dijo Sancho—, cogido le tengo! Esto es lo que yo deseaba saber, como al alma y como a la vida. Venga acá, señor: ¿podría negar lo que comúnmente suele decirse por ahí cuando una persona está de mala voluntad: “No sé qué tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde a propósito a lo que le preguntan, que no parece sino un zombi, o que está encantado”? De donde se viene a sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales, o son ya zombis completos, y vuestra merced no es tal, o están encantados (*Quijote Z*, p. 319).

También hay aquí, por supuesto, un sabio enemigo que no es otro que el poderoso mago zombi Solomón el Grande, a quien, entre otras cosas, se atribuye la desaparición del aposento de los libros del género Z que hacen enloquecer al protagonista. Por otra parte, y tal como don Quijote explica al ventero, las ventas que en el original cervantino se confunden con castillos son ahora interpretadas como refugios de supervivientes a la plaga: «—Engañado he vivido hasta aquí —respondió don Quijote—, que en verdad pensé que este castillo era refugio de almas piadosas y sobrevivientes a las catástrofes» (*Quijote Z*, p. 157). Por lo que toca a la misión del cazador de zombis que encarna don Quijote, el protagonista del *Quijote Z* la tiene bien clara: «Perseguir a no muertos, acorrer a los miserables que a punto estuvieron de caer bajo las uñas de los fétidos, alzar los caídos a quienes los vueltos a la vida derribaron, remediar [sic] los menesterosos a quienes esos engendros despojaron de todo» (*Quijote Z*, p. 298).

La recreación que estudiamos es riquísima en elementos propios de las diferentes manifestaciones estéticas del género Z, no siempre fáciles de identificar salvo por quienes frecuentan su lectura y dominan el código, actividad y alarde

⁶ La completa y admirable fabulación acerca de este libro apócrifo está recogida en el texto de Lovecraft precisamente titulado «Historia del Necronomicón», que se incluye en el segundo volumen (pp. 227-229) de la *Narrativa completa* de Lovecraft que hemos citado anteriormente. Las anotaciones del editor son de una exquisita erudición y acreditan un conocimiento enciclopédico del universo del llamado «solitario de Providence».

⁷ Traducida al español por Manuel Figueroa en 1988 en Minotauro.

⁸ Véanse, si no, las palabras del canónigo en el capítulo I, 47 del *Quijote* cervantino.

que no son, desde luego, propios de quien esto escribe, más aficionado a la familia literaria de los vampiros y los licántropos que a la de los zombis. Entre la pléyade de obras, referencias y personajes propios del universo zombi o próximas a su configuración distinguimos claramente el *Necronomicón* creado en el siglo VIII, según H. P. Lovecraft, por el poeta árabe loco Abdul Alhazred,⁶ así como la mención al realizador español Juan Carlos Fresnadillo (autor de una de las películas de culto de la línea, *28 semanas después*, del año 2007) y a Richard Matheson, autor de la novela *Soy leyenda* (1954),⁷ varias veces recreada por el cine desde 1964 y no hace mucho (2007) versionada de nuevo por Francis Lawrence y protagonizada por Will Smith. Es particularmente comprensible, a la luz de la parodia metaliteraria, la presencia de los libros publicados por la editorial Dolmen, todo un guiño de pertinencia y actualidad.

Por descontado, los libros del ventero son libros de zombis que su dueño reivindica frente a la crítica del canónigo, que es de nuevo la voz del ataque al sistema literario que se parodia en un ejercicio evidentísimo, como en todo el *Quijote Z*, de transcripción con escasísimas variaciones de las palabras del mismo personaje del original cervantino:⁸

—Verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de zombis; y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos, jamás me he podido acomodar a leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que, cual más cual menos, todos ellos son una misma cosa (...). Fuera de esto, son, en el estilo, duros; en las hazañas contra zombis, increíbles; en los amores entre sobrevivientes vivos, lascivos; en las cortesías y buena educación de sus protagonistas, mal mirados; largos en las batallas contra hordas de muertos vivientes, necios en las razones que sostienen quienes sobreviven a los endemoniados, disparatados en los viajes que los supervivientes son capaces de hacer en ellos, y, finalmente, ajenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana, como a gente inútil (*Quijote Z*, pp. 314-315).

La réplica de don Quijote, desde luego, salpimentada con algún guiño lingüístico que apunta a la procedencia astur del autor, tampoco tiene desperdicio:

—Porque querer dar a entender a nadie que los muertos vivientes nunca han caminado por el Mundo, ni todos los cazadores y aventureros que los han perseguido y de que están colmadas las historias, será querer persuadir de que el Sol no alumbraba, ni el hielo enfría, ni la tierra sustenta (...). Y esto es tan así, que me acuerdo yo que me decía una mi agüela de parte de mi madre, cuando me veía por las mañanas todo despeinado y lleno de sueño: «Ahora mismo, nieto, te pareces a un zombi, con ese xeito que tienes», de donde arguyo yo que los debió de conocer ella o, por lo menos, debió de alcanzar a ver algún retrato de ellos. Pues, ¿quién podrá negar no ser verdadera la historia de las pestes negras que arrasaron las Europas y más allá y que trajeron de vuelta a los peligrosísimos zombificados (...)? ¿Y no guardan acaso en la Italia profunda la sangre de San Genaro, que vuelve a la vida cada vez que se cumple el aniversario de su muerte, lo mismo que la del madrileño San Pantaleón, llamando la iglesia «milagro» a lo que solo se explica como zombificación endemoniada? (*Quijote Z*, pp. 322-323).

Nuestro conocimiento básico del universo zombi nos permite entender por qué el bálsamo salutarífico que don Quijote elabora en la venta, y que en la recreación que estudiamos no tiene un nombre específico, es «de receta *hungana*, mágica y contraendemoniada» (*Quijote Z*, p. 152; la cursiva es nuestra), toda vez que el *hungan* es el sacerdote haitiano oficiante de la religión vudú.

Todo esto se añade al tratamiento de la ficción autorial y la pseudohistoricidad, en el que Cervantes asume con respecto al narrador del *Quijote Z* las veces que asume Benengeli con respecto al narrador del *Quijote* original, tal como se aprecia, por ejemplo, en el comienzo del capítulo de los yangüeses («Continúa contando el sabio Don Miguel de Cervantes y Saavedra...»),⁹ en el de la aventura de los galeotes («Cuenta el ingenio lego don Miguel de Cervantes y Saavedra, autor castellano y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce e imaginada historia...»)¹⁰ o en la interrupción de la historia original al final del *Quijote Z*, en la que el paso por Zaragoza, como no podría ser menos, se relaciona estrechamente con el único hecho en el que se trasciende la dimensión estrictamente literaria del universo zombi para apuntar a una aventura propia del género y por lo tanto diferente a las que en la recreación que estudiamos se siguen de la zombificación meramente literaria del protagonista:

⁹ Que en el *Quijote Z* es el VIII, pp. 135 y ss.

¹⁰ En este caso, el XV, pp. 205 y ss.

Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que don Quijote hizo en su tercera salida contra los no-muertos, no ha podido hallar noticia de ellos, por lo menos por escrituras auténticas; solo la Fama ha guardado, en las memorias de la Mancha, que don Quijote, la tercera vez que salió de su casa, fue a Zaragoza, donde se halló en unos famoso combates contra un bote de infectados que en aquella ciudad hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento (*Quijote Z*, p. 333).

No podemos dejar de destacar el estilo singular en el que no se escatiman detalles de la más elaborada factura *gore* —cráneos reventados, vísceras derramadas, cadáveres ambulantes pestíferos y purulentos— aderezados en alguna ocasión con alguna lograda muestra de humor negro, como en la cómica variante de algunas de las primeras líneas del discurso que el zombificado don Quijote dirige a los estupefactos cabreros («eran en aquella santa Edad los hombres iguales; a nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano, sin preocuparse de que ninguno fuese a arrancársela de un bocado», *Quijote Z*, p. 131) o en el momento en que el protagonista acomete contra la comitiva que traslada el cuerpo muerto, en el que

erguido y orgulloso sobre su valeroso corcel, se imaginaba lidiando la más cruenta de las batallas que jamás había acontecido contra aquellos hijos de Satán, rodeado de manos ansiosas de su carne y de bocas pestíferas y de aliento corrupto que se abrían en mudas súplicas hacia él (*Quijote Z*, p. 175).

Llaman la atención las muestras de rara actualidad que se permite a guisa de licencia Házael G. González en una narración salpimentada de «euracos», «eurillos» y «euricos», y a la presumible falta de comprensión del sentido y también la forma del original versionado cuando erróneamente reescribe «algodones y volandas» (*Quijote Z*, p. 139) en lugar de «algodones y holandas» o «aquella fantasmada» (*Quijote Z*, p. 195) en lugar de «aquella fantasma», entre otros muchos ejemplos que podríamos citar. No puede dejarse de lado la singularidad en el tratamiento de los personajes, como apreciamos, entre otros casos, en el cautivo que relata su historia en la venta y que resulta ser un escritor de historias de zombis de procedencia precisamente astur que cuenta que se vio explotado por un editor tiránico que sometía y esclavizaba a los

autores que trabajaban para él, evidente guiño a la editorial Dolmen y a su responsable, Álvaro Fuentes. No deja de resultar muy curioso que en medio de la narración de su historia se produzca la literaturización del autor siguiendo el modelo de Cervantes en el texto original, y sepamos así que en aquel trance de explotación por parte del editor «sólo libró bien con él un pícaro español llamado tal de González» (*Quijote Z*, p. 278).

Un nuevo ejercicio de parodia metaliteraria, en fin, que vuelve a situar a don Quijote en su tiempo —un tiempo de crisis— por la vía permanentemente vivificadora de la recreación, simbolizando las actitudes, las tendencias, las inquietudes y las aspiraciones propias de cada momento. Un momento de zombis cuando tan necesitados estamos, mucho más que nunca, de caballeros andantes.

Bibliografía

- Abril, Guillermo, «Zombis. El monstruo de la crisis», *El País Semanal*, n.º 1828, 9 de octubre de 2011, pp. 48-58.
- Ayuso, Rocío, «Estos muertos están muy vivos», *El País*, 30 de octubre de 2011, p. 57.
- Brooks, Max, *Guía de supervivencia zombi*, Berenice, Córdoba, 2011.
- Cervantes, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. M. de Riquer, Planeta, Barcelona, 1980.
- Crespo, Rafael, *Don Papis de Bobadilla, o sea defensa del cristianismo y crítica de la pseudo-filosofía*, Polo y Monge, Zaragoza, 1829.
- Fernández Gonzalo, Jorge, *Filosofía zombie*, Anagrama, Barcelona, 2011.
- Fresán, Rodrigo, «Fascinación zombi», *ABC Cultural*, 12 de noviembre de 2011, pp. 4-6.
- González, Házael G., *Quijote Z*, Dolmen, Barcelona, 2010.
- González-Pérez de Tormes, Lázaro, *Lazarillo Z: matar zombis nunca fue pan comido*, Debolsillo, Barcelona, 2010.
- Grahame-Smith, Seth, *Orgullo y prejuicio y zombis*, Umbriel, Barcelona, 2009.
- Isla, José Francisco de, *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*, ed. R. P. Sebold, Espasa-Calpe, Madrid, 1960.
- López Navia, Santiago A., *La ficción autorial en el «Quijote» y en sus continuaciones e imitaciones*, Universidad Europea de Madrid-CEES Ediciones, Madrid, 1996.
- «La presencia de la religión en las recreaciones narrativas de la biografía cervantina: Cervantes y el Quijote», en *Cervantes y las religiones*, ed. R. Fine y Santiago López Navia, Iberoamericana / Vervuert, Madrid / Frankfurt, 2008, pp. 569-592.
- «La visión conservadora de don Quijote en las recreaciones de la narrativa hispánica en el siglo XIX (I)», en *Visiones y revisiones cervantinas. Actas selectas del VII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. C. Strosetzki, Centro de Estudios Cervantinos, Madrid, 2011, pp. 495-410.
- Loureiro, Manel, *Apocalipsis Z*, Dolmen, Barcelona, 2008.
- *Los días oscuros*, Plaza-Janés, Barcelona, 2010.
- *La ira de los justos*, Plaza-Janés, Barcelona, 2011.
- Lovecraft, Howard P., *Herbert West. Reanimador*, en *Narrativa completa*, ed. J. A. Molina Foix, Valdemar, Madrid, 2005.
- Ma, Roger, *Manual de combate zombi*, Dolmen, Barcelona, 2011.
- Marion, Isaac, *R y Julie*, Mondadori, Barcelona, 2011.
- Matheson, Richard, *Soy leyenda*, Minotauro, Buenos Aires, 1988.
- Migoya, Hernán, *Una, grande y zombi*, Ediciones B., Barcelona, 2011.
- Palacios, Jesús, «La Habana para un zombi difunto», *El Cultural*, 13 de enero de 2012, pp. 45-46.
- Vilas, Manuel, «La multitud que camina», *ABC Cultural*, 12 de noviembre de 2011, pp. 6-7.